



DIARIO CÓMICO



**Domingo 28 de Octubre.**  
 En este día todo han sido sorpresas.  
 Vayan ustedes contando:  
 El Sr. Gobernador sorprende varias casas de juego.  
 Un sacerdote entrega en la Delegación de Hacienda 2.000 pesetas que restituye un *raja* arrepentido.  
 Se normaliza el estado financiero del Monte de Piedad, renaciendo la confianza entre los imponentes.  
 El jefe de la Sección de Contribuciones de la sucursal de Lugo se fuga con los fondos confiados á su custodia.

Esto ya no sorprende á nadie; pero, en cambio...  
 ¡Menuda sorpresa la del infeliz que se *topara* de manos á boca con las 16 vacas bravas que entraron por la puerta de San Vicente y recorrieron en completa libertad el Barrio de Argüelles y calles adyacentes!

**Día 29.**  
 Tuté de reyes.  
 Descarrila el tran que conducía al Czar de Rusia de Sebastopol á San Petersburgo.  
 Francisco II, residente en París, no puede acreditar su personalidad, porque sus ex súbditos se han quedado con sus papeles.

El rey Milano de Servia se divorcia de su esposa, y promueve una crisis en sus Estados.  
 Y el rey Carlos de Wartenberg se aficiona á tocar el violín, y protege á ciertos jóvenes norteamericanos hasta un límite que disgusta á sus vasallos.

Y ya las notas tomadas sobre el estado actual de esas testas coronadas, dejémoslas consignadas y largámonos pa'pa final.

Carreras de caballos en el Hipódromo.  
 Y escándalo gordo.  
 Pierden casi todos los *favoritos*.  
 Caso verdaderamente inusitado, porque el *favoritismo* se impone en este país, en todos los terrenos.  
 Esta confianza perdió á los *sportman* del lunes, y les hizo perder los cuartos.

Los cocheros hicieron su Agosto en Octubre; se estropeó un jockey y se rompió una pata un apreciable caballo.  
 El ministerio de Fomento contribuyó al esplendor de la fiesta con dos premios de 3.000 pesetas.

¿En qué mejor se hubieran podido emplear estos 24.000 reales?

¿En qué?...  
 Se deben 25.000 pesetas á los maestros de Albuñol.  
 El maestro de Cotillas solicita la admisión de sus cuatro hijos en un asilo benéfico, porque no cobra y no los puede mantener.  
 La maestra de Beas tiene que irse mendigando á Granada, acosada por el hambre.

El...  
 ¿Para qué continuar?  
 Siga el calvario cruento,  
 Y estos pobres sin cobrar...  
 Y fomentese el fomento  
 de la eria caballar!

**Martes 30.**  
 ¡A ver si logramos hoy no hablar de cosas tristes!  
 El célebre Prado, el ladrón y presunto asesino de María Ague-

tant, comparece ante el Tribunal, y al ser interrogado por el juez sobre su personalidad, contesta muy tranquilo:  
 — «Soy hijo de Napoleón III y de una dama de honor de la emperatriz Eugenia.»

¡Vamos, sí, una dama de honor, como aquella de los besos de *La Mascota!*

¿Alguno de ustedes se llama Canizo Cafizares? Lo pregunto porque una señora, archimillonaria, residente en Buenos Aires, anda buscando un mortal afortunado que lleve esos apellidos, para legarle toda su fortuna.

¡Cuidado, señora, mucho cuidado con las falsificaciones!

Porque, según yo recelo, si usted lo de heredar, más Canizos va á encontrar que estrellas hay en el cielo y arenas tiene la mar.



**Miércoles 31.**  
 Se dicta auto de libre sobreseimiento en la denuncia que pesaba sobre nuestro apreciable colega *La Correspondencia de España*.  
 Lo celebramos.



Se escapa del hogar paterno una agraciada joven, en compañía de su seductor.  
 La madre consigue que torne al redil la oveja descarriada, y, como es natural, la increpa por su falta.  
 — ¿Qué iba yo á hacer? ¡Me dijo que se mataba si no correspondía á su pasión!  
 — ¿Y qué? ¡Que se hubiese matado!  
 — ¡Por Dios, mamá, considera que es un padre de familia!

**1.º de Noviembre.**

Reza la Iglesia por los difuntos: ornán las lápidas flores y arbustos; la paz se turba de los sepulcros, y cien incensarios muy taciturnos cuidan las hachas junto á los túmulos.

Hay muchas voces, mucho tumulto, mucha algazara, mucho barullo, y muchos ojos secos y cajaros.  
 Comen castañas chulas y chulos, y los buñuelos de viento, algunas, los más de pasta, malos y duros, pero comidos todos á gasta, son los responsables que reza á muchos.  
 ¿Qué hemos de hacerle si así va el mundo!



Día 2:

Ocorre, que no ocurre nada de particular.

¡Ah, sí!

Perico Desfalquillo, un guapo muchacho, muy calavera y bastante pródigo, después de derrochar su fortuna, ha conseguido mantenerse á flote, gracias á los préstamos usurarios que ha logrado levantar.

Los más distinguidos Matstías de Madrid le han facilitado fondos, con la garantía de la fortuna colosal de un tío de Perico, del cual era éste heredero forzoso.

El tío estaba viejo, enfermo, achacoso...

Pero antojósele casarse, cuando nadie lo esperaba, con una muchacha joven y bonita.

Y ha tenido fruto de bendición.

Cosa que tampoco esperaba nadie.

Los beneméritos usureros cogen el cielo con las manos.

La otra noche preguntaba el afortunado papá á su sobrino Perico:

—Oye, ¿qué nombre te parece que pongamos á mi chiquitín?

—¡Mesías! Póngale usted Mesías.

—¿Mesías? ¿Por qué ese nombre?

—Porque ese niño ha venido al mundo á lo mismo que el otro.

¡Á reventar á los judíos!

E. NAVARRO GONZALEVO



## LIBRE CIRCULACIÓN

I

¿A ustedes les parece bien que hablemos un rato de ferrocarriles?

Porque, francamente, lo que llaman los novelistas guasones *infinita variedad de la vida*, no existe: es un infundio, que diría Abascal. Aquí no pasa nunca nada, como no sean las campañas de Aguilera el Grande contra la difteria, ó las interpelaciones de Jove (y Hevia) sobre tratados de comercio. Y esto es aburrido, sobre todo las segundas.

Hablemos, pues, de ferrocarriles con cierta *mesura*, que diría Cafete.

II

Declaro, ante todo, que no tengo, que no he tenido, que no tendré probablemente jamás, billetes de libre circulación; pero que si ma lo ofrecieran... los aceptaría.

III

Es el caso, que estos días se ha hablado de que en la línea de aquí, en la de allá y en casi todas las de este delicioso país, ha habido *percances* más ó menos serios. Un percance serio para las Empresas es aquel del que sale malparado... el material.

El viajero no produce baja en el ingreso. ¡Como que se paga antes de echar á andar!

Bueno; pues de estos percances serios suele haber uno por semana, con algún extraordinario por vía de propina, y cuando ocurre, como si se sacara un *cliché* guardado para el caso en espíritu de vino, dice la prensa:

—Eso es un escándalo, una vergüenza, una tal y una cual. Los consejeros que son ministros, etc., etc.

Meditemos...

IV

De un examen superficial resulta por modo evidente que en lo de no sentar la mano á las Empresas tienen su parte de culpa esos consejeros; pero pongámonos, lector pagano, la mano derecha en el corazón y la izquierda en el bolsillo del chafo, y preguntémos:

—Si fuéramos consejeros, ¿qué haríamos?

¡No te pongas moños, lector! Haríamos lo mismo: cobrar y callar. Podemos hacernos mutuamente esta confesión ahora que estamos solos. Á solas se ensancha la conciencia que es un gusto. Repito que tú y yo cobraríamos... y callaríamos.

Quedamos, pues, en que por este lado, por el lado de los consejeros, no sacaremos nunca nada en limpio, porque ya lo sacan ellos, y es bastante.

Vamos á ver por otro lado.

Yo ya tengo el remedio; un remedio excelente, de resultados seguros: la huelga.

Meditemos otra vez...

V

Una huelga de viajeros en toda España, en día determinado, con decisión, sin desmayos... ¡Si se hiciera!

Pero ya sé lo que se hará con esta idea emitida por mí en este periódico, sin llevar por ella un céntimo. Mañana se nombrará una Comisión ¡oh dolor! una Comisión que *dictamine*, presídida...

—Ya lo sabemos: por Galdo.

—Sí, por Galdo; de esto sí que no se puede prescindir. Es

tan inevitable, como el descarrilamiento de la semana que viene. Adelante...

Esta Comisión hará con mi pensamiento lo que hacen todas las Comisiones: echarlo á perder. Prohibo, pues, al Sr. Galdo que presida la Comisión, si se nombra. O presidido yo, ó nadie.

Esto de la huelga es tan inútil como la Biblia versificada por Carulla. Hay que apelar á otros procedimientos más prácticos. Sobre todo, lo práctico: seamos prácticos, como dice Romero Robledo desde que á D. Modesto Fernández y González le ocurrió aquello de: *más industriales y menos doctores*.

Lo práctico para las Compañías es el *metal*, el *lobén*, que decimos en Andalucía.

Abi (ó allí) duele. Pongamos el dedo en la llaga...

VI

...Y descendamos á la realidad, como diría cualquier conservador de la numerosa clase de huecos.

*Quien rompe paga*. Hágase pagar á las Empresas el valor de los *desperfectos* con arreglo á una tarifa, y no hay más que hablar.

Por un brazo, tanto.

(El derecho tendrá un aumento de 20 por 100, como es justo.)

Por una pierna, tanto.

Por un ojo, tanto.

Y otro equivalente de cristal, á costa de la Compañía.

Por la nariz ó por una oreja, un derecho módico. Se admitirán compensaciones y añadiduras con los restos de las narices de los fallecidos.

Las costillas se gravarán con un impuesto moderado. Las costillas falsas no se cuentan. Está averiguado que no sirven para nada.

Por la cabeza hay que fijar un impuesto fuerte. En esto debe cargarse la mano, porque es un miembro insustituible.

El viajero que pierda á su suegra ó á un tío *heredable*, no tiene, como es natural, derecho á indemnización ninguna. No conviene irritar á las Compañías.

VII

Y nada más.

Entrego la idea al estudio de cualquier diputado *agrario*, y ruego á las Compañías mediten sobre si las tendría más cuenta suprimir los consejeros (sueldos inclusivos), ó pagar la *carne* á precios módicos.

¡Me parece que me pongo en razón!

CALIBAN.

## PENSAMIENTOS

Para templar sus vivos resplandores  
Dios colocó ante el sol de brillo ardiente,  
la nube de colores nacarados  
de púrpura y de nieve.

Dios colocó, para velar piadoso,  
de tus pupilas el mirar de fuego,  
la sombra que proyectan las pestañas  
en tu rostro moreno.

EMILIO DEL VAL



# FERROCARRILES



—Un segunda hasta la estación antes del descarrilamiento.  
—No puedo servirle: descarrila al salir de agujas.



—Amigo Policarpo, ¿se le ha muerto alguien?  
—No; es mi señora que va de viaje.



—Pero ¿quiere usted explicarme qué significan estas idas y venidas y este ruido infernal?  
—Es que estamos ensayando un descarrilamiento.



—¿Me romperé algo?  
—Abora, lo que está más de moda es partirse un poco la cabeza.



—¿Paga entrada eso?  
—No, señor, son los pedazos de mi mujer que se han podido coleccionar.

—¡Por Dios, maquinista, procure usted que me rompa lo menos posible, que soy padre!

«El jefe de la estación de... da parte al Sr. Ministro de la Gobernación de haber llegado el tren número 154 sin descarrilamiento ni choque alguno, ignorándose las causas de este accidente imprevisto.»



J. Pons



—«A mi padre hemos de ver.»  
 —«En cuanto empiece á clarear.»



«Si «hay un Dios tras esa anchura  
 por donde los astros van...»  
 ¿por qué no le da un gabán  
 á esta pobre criatura?»



«¡Pobres tórtola enjaulada,  
 dentro la jaula metida;  
 qué sabes tú si hay más vida  
 ni más aire en que volar!»



—«¡Adiós, hermosa Lucía!»  
 —«¡Adiós, gallardo don Juan!»



«Si reconocí agrado,  
 al hubo pelaj ni ardo  
 por mi zudacia respetado.»

Á UN IDEAL



Si contemplo tu frente ancha y serena,  
si miro los luceros de tu cara,  
siento en el alma la existencia mía  
unida á la existencia de tu alma  
Solo ambiciono troncos de diamantes  
para rendirlos á tus breves plantas,  
todas las flores de Valencia y Niza  
quisiera colocar sobre tu falda,  
y del agua del mar hacer cristales,  
y formarte un palacio de esmeraldas,  
línes á mis sentidos embriagados,  
el dulce son de cadenciosas arias,  
los ensueños de ardiente fantasía,  
el arco esbelto y la marmórea estatuas,  
los brufidos espejos de Venecia,  
la luna envuelta en transparentes gasas,  
el paisaje británico de otocio,  
los ojos de mi alma!

CARLOS OSSORIN Y GALLARDO.

Carta abierta.

A un Inglés.

LONDRES

Con diez días de retraso (oh Mensi!) recibí su misiva, y en verdad le diré que los pelos se me pusieron de punta al leer la acortada y llegar al párrafo en que me pide datos á propósito del día de difuntos... En fin, sea lo que fuere, fuerza será darle algunos datos curiosos del modo y forma con que nosotros, los madrileños, celebramos ese día que la Iglesia consagra á los que inscribieron su nombre en el inmenso libro de los muertos.

Son las ocho de la mañana, y nos hallamos, usted y yo, en el centro de la corte, ó sea la Puerta del Sol (que tanto tiene de puerta como yo de turco), y observaremos, en primer término, que el día amenaza lluvia... ¡Claro, ya que los mortales no lloremos, llorará el cielo por nosotros! En segundo lugar, es digno de notarse que cada niño de vecino se ha echado á la calle cotretamente envuelto en esta nuestra prenda clásica: la capa... Fíjese usted un poco, mister, y verá procesión interminable de gente que se dirige á los cementerios: la mayoría de los romeros llevan trajes negros y rostros risueños, amén de alguna corona, algún cirio, alguna cruz ó cualquier otro recuerdo fúnebre... No se fije usted en los romeros, porque sería el cuento de nunca acabar, y vea usted á aquel hombre que, subido en una escalinata, va pegando carteles en las tablas de hierro de algo que parece un acordeón gigantesco, aun cuando es simplemente un anunciador de espectáculos públicos... ¿Qué dicen los carteles? *Don... Juan Tenorio*... ¡Cáscaras, amigos! ¿y no tienen ustedes más repertorio que éste?—Eso es en este día.—¿Cómo?—Aquí todas las Empresas teatrales buscan el negocio, y hasta los arlequines de la escena se atreven á degollar, digo, á representar el famoso drama.—¡Oh!—Y, además, si un español el día 2 de Noviembre se sienta sin haber visto en las tardes ó en las noches precedentes los desafueros del famoso burlador sevillano, cree que le falta algo.—¿Tanta es la afición por ver el *Don Juan*?—¡Ya lo creo que sí! Es cuestión de honra nacional... Millares de veces se ha representado la inmortal obra de Zorrilla, y siempre la recibimos como cosa nueva, y nos volvemos locos á fuerza de aplaudirla; bien es verdad que es justo nuestro delirio, porque el tal drama es cosa peregrina, y por verla somos capaces de hacernos una cruccecita en la boca del estómago y acelerarnos sin cenar.

Son las tres de la tarde. Vámonos á visitar un cementerio, que en viendo uno podemos decir que hemos visto todos... Ya estamos en la entrada.—¿Qué es este búrdel que sale de la mansión de los muertos? pregunta usted.—Nada; la gente que se va.—¡Y va riendo!—Y algunos tararean el tango de *El café*.—Y bajo las capas asoman las panzudas botas.—Sí, de vino.—¿Y ceastas?... ¡los recuerdos fúnebres acaso?—¡Quién, mister! los crestos mortales—de la merienda.—¡Qué sacrilegio!—Tal vez; pero nosotros los españoles somos así; este día es como otro cualquiera, día de fuerza, y tanto da merendar sobre la losa fría que cubre un cadáver, que sobre el verde césped que esmalta la pradera del Corregidor; el caso es divertirse, pescar una tarca y reirse de todo, y tomar por tontos de capirote á los que van á gimotear al pie de una cruz ó de una sepultura.—¡Horror!... ¿Luego esto es una romería?... Vámonos, vámonos de aquí, que los nervios se crispan.—De poco se asusta usted.—¡Oh, si esto acabásciese en Inglaterra!—¡Bah! España es el país de los informales, y el de usted el de los taciturnos... En España se toca siempre á gloria y en Inglaterra se toca siempre á requiem.

Supongo, querido mister, que al llegar á la conclusión de esta mi desahogada carta, exclamará usted (lo horrorizando): ¡Valiente manera tienen ustedes los españoles de conmemorar los difuntos!... ¡No parece sino que aguardan semejante ocasión para atracarse de castañas!... ¡Y de bellotas, amigo mío, que en este día es costumbre ir al Pardo á esquear el fruto!—¿También eso?—Y besar devotamente la bota, y leer la capa, y ver un drama fantástico-religioso; y, en una palabra, tener un día de huelga.—¡Qué atrocidad!—¿Y qué le vamos á hacer, mister? Todo eso está en la masa de la sangre, y no es meta usted á redentor, porque le crucifican.

En fin, para terminar esta ya pesada carta, aquí, en tierra española, viene á ser el día de difuntos algo como una carcajada presa en estuche de lágrimas: dispense usted, mister, lo estrambótico del símil (pues no sé me viene al magín ningún otro que indique mejor la idea), y mande cuanto guste á su afectísimo amigo y servidor

ALEXANDRO LABRUBIERA.

¿QUÉ IMPORTA?

(Del italiano.)

Yo no quisiera saber lo que se esconde tras de la frente que besó mi boca, y si tu pecho á la virtud responde, ni averiguar ni discutir me toca.

Si mentiste el dolor y la alegría, no esgrimiré mi mente el escalpelo para hacer la traidora anatomía del instante de amor que fué mi cielo.

Apuramos la copa hasta las heces; tu vino me gustó, porque era bueno, y no he de meditar como otras veces, si lo bebi mezclado con veneno.

¿Qué me importa? ¿Eras noble? ¿Eras artera? ¿Eras impura ó hasta entonces casta? Si nos amamos una tarde entera fuimos felices una tarde, y basta.

Venecia, 1882.

FRANCISCO A. DE ICASA.

PALIQUE



El año pasado discutían los señores encargados de embalsamar el cadáver del Ateneo (sección de literatura), si estaba ó no llamada á desaparecer la forma poética.

Á jugar por lo que están dando de sí las letras españolas, está llamada á desaparecer, y á escape, la forma poética y la prosaica, y no van á quedar ni los raios.

Va desapareciendo todo.

No se publica un buen libro por un ojo de la cara. Lean ustedes la sección bibliográfica de los periódicos; esa sección que los más acreditados diarios, ilustraciones y revistas relegan á un rincón, entre los anuncios baratos, dedicándole la letra más pagueña y borrosa. Allí, cerca de una nodriza para casa de los padres, y no lejos de lo que llamaba cierto traductor *hotel guarnecido*, y tabique en medio de una señora que admite en casa á un caballero solo, encontrarán el anuncio del *Perfecto Jurado*, y una juiciosa antología de disposiciones legislativas relativas á tal ó cual rama del derecho administrativo; muchos de esos libros que publica el primer Lastres que se presenta; y con esto, y traducciones de novelas francesas, que parecen *vertidas* al castellano por el redactor español de los anuncios del *Bon Marché* ó de *Saint-Joseph*, se cierra el ciclo—como dicen algunos oradores—de nuestra literatura de estos días. Y en vano llegó con sus áforas Octubre, como dijo el poeta; ni con áforas ni sin ellas, ni aunque lloviera capuchinos de bronce, hay un libro, propiamente literario, para un remedio.

Para esto de las letras seguimos en el solsticio de verano.

Y no es esto lo peor, sino que nadie se queja, nadie parece notar siquiera que aquí no se publica nada; que, por las señas, se han acabado los escritores.

Pero nos quedan los Gamazos líricos, aplicados á la agricultura; como si dijéramos, la segadora parlamentaria, movida por el vapor de la vanidad económica política y por la fuerza adquirida de cien caballos de lugares comunes.

No hay más literatura que los discursos de Gamazo y el muerto resucitado...

Escritó lo anterior, leo que el pueblo zaragozano, metido á crítico, le ha dado al Sr. Cánovas una esliba de varia lección, como diría el clásico; é, por ejemplo.

Esta es la crítica del *folk-lore*.

Dicen que tres mil espectadores silbaron á Cánovas.



Y esto en Zaragoza.  
¡Fuego de Dios! ¡Qué sería... si Cánovas llega á meterse en Huesca!... ¡En Huesca, la de la Campana!

Pero al fin todos son aragoneses.  
La imparcialidad obliga á declarar que no todos los zaragozanos estuvieron conformes con la silba; el Sr. Cánovas la hecho escuela, y al día siguiente de la manifestación varios poetas de la comarca protestaron en la siguiente forma poética (que, por lo visto, no está tan llamada á desaparecer):

RONDALLA Los hijos de Zaragoza sin distinción de partido, protestan de ciertos actos que todos hemos sentido.

Rondalla que demuestra quién ha venido á pagar los vidrios rotos en casa del Sr. Castellano: «La es gata ciencia.»

Ésa rondalla, que todos hemos sentido, no es tan espontánea poesía popular como nos querrá hacer creer *La Época*; esa rondalla (el estilo revela al autor) es cosa de Cos Gayón, que así las gastaba cuando estuvo á punto de arruinar á los mismos labradores castellanos que ahora está salvando en una tabla Gamazo. De todas suertes, sea erudita ó popular la copla, dese con ella por desagraviado el partido conservador y no nos maree más, y aténgase á lo que el mismo Cánovas dijo, con el corazón en la mano: «Silbas como la de anoche, deben olvidarse cuanto antes.» Si, peor es menearlas.

Sin embargo, me temo que Pidal y otros fervorosos devotos de D. Antonio imiten la conducta de cierto conservador de mi pueblo que ayer me decía indignado:

—Pero, hombre de Dios, ¿usted cree en los sitios de Zaragoza? No hubo tales sitios. Todo se abulta. Unas cuantas pedradas y nada más... Y... dígame todo; la Pilarica... la misma Pilarica... empeñese en tener la madre podrida. Pregúnteselo usted al cardenal Benavides.

Después de la rondalla que todos hemos sentido, sin distinción de partido, y de los discursos de pan llevar de Gamazo, yo no veo más literatura, por mucho que miro, que la Revista de Letras del Sr. Cañete, muy ocupado con el análisis de la Lux eléctrica y el *Mercedero de la Pepa*; mercedero en el usual, según Cañete, no se atiende al desarrollo de una idea fundamental. El mismo Cañete viene á reconocer que á los mercederos no se va á eso, sino más bien á merendar.

Reyendo estas críticas de D. Mannel, la única idea fundamental que se me ocurre á mí *desarrollar*, es ésta: ¿Por qué no habba de haber jubilaciones para críticos? Yo creo que ya era hora de que la gente quedase satisfecha del celo y lealtad con que el señor Cañete ha desempeñado sus funciones de juez de guardia con servicio nocturno.

CLARÍN



NOSCE TE IPSUM

(POEMA MICROSCÓPICO)

Tu prefiere ser estudiar te recomiendo, y no en vano; estudiate á ti, y llegar podrás pronto á despreciar á todo el género humano.

BARRERINA.

Estaba lluvioso el día y casi desierta estaba la clase, donde explicaba Olori la anatomía, con verdadera elocuencia y admirable precisión; que en su peroración todo un tratado de ciencia. Estudiaba el organismo

de la fuerza muscular; yo escuchaba por llegar á reconocerme á mí mismo, y algo ineñito sentía que mi pecho desgarraba, algo que me despreciaba.

Éra que me conocía!

J. NAVARRO REZA.

FANTASMAGORÍA

No ganamos para sustos los inquilinos de Madrid.

Vivir en esta capital es vivir con el alma en uno ó dos lillos.

Particularmente los niños.

No sé cómo no aumentó el número de defunciones en la «clase infantil», según la denomina un escritor sociólogo muy conocido y aun estimado por sus amigos.

Afortunadamente no es así; vean ustedes los resúmenes que publican los periódicos curiosos, y se convencerán de que no mueren, ó por lo menos no llevan al cementerio de esta villa más que personas y fetos.

Lo habrán leído ustedes muchas veces, y aun pudieran recitarlo de memoria:

«En el día de ayer fueron enterrados en los cementerios de esta capital... tantas personas y... tantos fetos.»

Fetos personales, se supone.

Es decir, borradores de periodista, de diputado, de ministro, de general y otros.

En esos partes diarios no se nombra á los niños que mueren, ó por lo menos no se les clasifica.

Los padres pueden vivir tranquilos, hasta donde puede vivir tranquilo un padre cariñoso.

Pero es verdaderamente admirable el valor de los nenés que viven en Madrid.

Empiecen ustedes por los peligros á que se exponen ó á que los exponen sus padres ó sus ayas al cruzar las calles de la capital, que, en fuerza de aumentar los medios de locomoción, han convertido las Empresas en carreteras de primera clase.

Continúen ustedes examinando los accidentes que pueden sobrevenir en el paseo, cuando los niños van encomendados á niñeras sensibles, con resabios de infantería, ó de caballería, ó de artillería.

Así, de regreso al hogar, después del paseo, cuando el padre ó la madre del niño preguntan:

—Fulana, ¿dónde se ha hecho el niño esta chichón?

La inocente cuanto bestia Fulana, responde:

—En la cabeza.

—¡Ya lo veo, imbécil! pero quiero decir que cómo.

—Pues le atropellaron unas niñas que iban corriendo.

—Y usted, ¿para qué le acompaña?

—Si también está, señorita.

—¿Ha caído usted?

—Sí, señorita, responde lloriqueando.

—Pero ¿cómo ha sido eso?

—Cuando una menos lo piensa...

—Mamá, he comido bollos, apunta el niño; he estado en una casa solita, jugando con un perro.

—No le crea usted, señora.

—¿Pues dónde estaba chacha?

—No lo sé, responde el nene con ingenuidad.

Pero todos estos peligros de caer que amenazan á niños y á niñeras, son antiguos.

Lo extraordinario es que no muera de sustos en Madrid ningún número de niños y de personas mayores.

A lo mejor se ve á un moro ó á un par de moros en funda, que apenas dejan ver una parte de la fisonomía *culoté* y un par de piernas como cigarrillos de á perro chico, todo del color de los botijos de San Isidro.

Esto revela el progreso del país, aún más que la luz eléctrica, el teléfono y los tarugos en su propia tinta con que embellece el Municipio algunas calles importantes de Madrid.

Y nada digamos de los días lluviosos, que en estos aumenta el número de moros más ó menos enfundados, con los capuchones impermeables.

Los pobres niños no ven, durante las horas de paseo, más que siluetas misteriosas y tristes.

¿Qué tiene de particular que durante el sueño les aflijan ideas lúgubres é imaginaciones pavorosas?

Y aun las personas mayores padecemos de pesadillas horribles.

Añadan ustedes á estas visiones el alimento diario de la curiosidad pública, que es el relato del crimen cometido en tal parte; «las últimas noticias del asesinato de...»

Y en las puertas de los cafés, en los escaparates de algunas librerías, en las calles, en los paseos, no se ven sino láminas al natural ó con cromos, en las que han querido representar los artistas el cuádruple asesinato de unos huérfanos, al parecer, de padre y madre, ó el choque de seis trenes en los Estados Unidos, que es el país donde ocurre lo más extraordinario en bien y en mal, y lo verdaderamente inverosímil.

Hasta en los edificios públicos y particulares se advierte algo y aun algo de tristeza y de misterio.

Colegios, conventos, asilos de adoratrices, de institutrices, de actrices, de perdices.

Casas y hoteles á la francesa y á la rusa, con su cubierta de plomo ó de pizarra, muy propia de un país meridional, y sus vertientes casi verticales para favorecer el deshielo en Madrid y en Andalucía.

Pues ¿y cuando la noche tiende su negro manto?

¿Qué siluetas se echan á la calle!

Corramos un rueda.

EDUARDO DE PALACIO





## PUBLICACIÓN DE GRAN LUJO

2 pesetas el tomo.

### ILUSTRACIONES

al agua fuerte, oleotipia, acuarela,  
carbón, pluma, lápiz, Gílot,  
ETCÉTERA.

\*\*\*

### LÁMINAS APARTE

y grabados intercalados en el texto.

\*\*\*

### IMPRESIÓN EN TRES

ó MÁS TINTAS



Fascinante recuerdo de la infancia.

2 pesetas el tomo.

### CABECERAS

y finales de capítulos; foliaturas  
y divisiones fantasía.

\*\*\*

### ENTREPÁGINAS

alegorías marginales, y caprichosos  
tourne-pages.

\*\*\*

### CUBIERTA AL CROMO

EN 14 COLORES

## VOLÚMENES PUBLICADOS

- I. **La Iga.—El globo encarnado.**—Ilustraciones de Cuchy. Agua fuerte de Mesplés.
- II. **Sachá y Loudmilla.**—**Los últimos bandidos.**—Ilustraciones de Cuchy. Agua fuerte de Hanriot.
- III. **El Príncipe.—María.**—Ilustraciones de Cuchy. Oleotipia del mismo.

- IV. **El caso de Susanita.—El fruto prohibido.**—Ilustraciones de Cuchy. Agua fuerte de Hanriot.
- V. **El clavo.—La brasa.—La prueba.**—Ilustraciones de Cuchy. Heliograbado del mismo.

Los pedidos, acompañados de sellos ó libranzas, á la Administración de este periódico.